

Poesía Completa

Por

James Joyce

MÚSICA DE CÁMARA

I

Vihuelas en la tierra y en el aire
Hacen música armoniosa;
Vihuelas junto al río donde
Los sauces se reúnen.
Hay música en la ribera del río
Pues Amor por allí ronda,
Pálidas flores hay sobre su manto,
Negras hojas en sus ondas.
Todos tañen con suavidad,
La cabeza a la música inclinada,
Y sus dedos se extravían
Sobre el instrumento.

II

El crepúsculo, de amatista, se torna
Azul más y más intenso,
El farol llena de un tenue fulgor verde
Los árboles de la avenida.
El viejo piano interpreta una melodía
Serena y lenta y jovial;
Ella se encorva sobre las teclas amarillentas,
E inclina así su cabeza.
Tímidos pensamientos, ojos serios y abiertos
Y manos que vagan mientras escuchan...

El crepúsculo se torna azul aún más oscuro
Con reflejos de amatista.

III

A esa hora en que todo reposa,
Oh solitario vigía de los cielos,
¿Escuchas la brisa nocturna y los suspiros
De las liras que tañen al Amor para que abra
Las pálidas poternas del Oriente?
Cuando todo reposa, ¿tú solo
Velas para escuchar las armoniosas liras que tañen
Al Amor precediéndolo en su camino,
Y la brisa nocturna que responde con una antífona
Hasta que la noche se ha desvanecido?
Seguid tañendo, liras invisibles, al Amor,
Su celeste estela refulge
A esa hora en que tenues resplandores van y vienen,
Música suave y melodiosa arriba en el aire
Y abajo en la tierra.

IV

Cuando la tímida estrella avanza por el cielo
Toda ella modestia, desconsuelo,
Escucha en mitad del letargo vespertino
A quien canta junto a tu puerta.
Su canción es más tierna que el rocío
Y a visitarte ha venido.

Oh deja ya de inclinarte, arrobada,
 Cuando al atardecer te solicite,
Y no reflexiones: ¿Quién puede ser este juglar
Cuya balada sobre mi corazón desciende?
Reconoce así, por el canto de tu amante,
 Que soy yo quien viene a visitarte.

V

Asómate a la ventana,
 Cabellos de oro,
 Te oí cantar
 Una copla jovial.
Mi libro está cerrado;
 Más ya no leo
Viendo danzar el fuego
 Sobre el suelo.
He dejado mi libro,
He dejado mi alcoba
Pues te escuché cantar
 Entre tinieblas.
Cantando y cantando
 Una copla jovial.
Asómate a la ventana,
 Cabellos de oro.

VI

Yo en tu agradable pecho moraría

(¡Oh cuán agradable es y cuán hermoso!)
Donde ningún viento despacible pudiera visitarme.
Por culpa de tristes penalidades
En tu agradable pecho moraría.
Por siempre habitaría en tu corazón
(Oh suavemente llamo y suave le suplico)
Donde sólo bastara con compartir tu paz.
Aun siendo dulcísimas las penalidades
Por siempre habitaría en ese tu corazón.

VII

Mi amor está con un ligero atuendo
Entre los manzanos,
Donde las brisas bulliciosas más anhelan
Correr en compañía.
Allí, donde las brisas joviales moran para cortejar
A las tempranas hojas a su paso,
Mi amor va lentamente, inclinándose
Hacia su sombra que yace en la hierba.
Y donde el cielo es una taza de claro azul
Sobre la tierra risueña,
Mi amor camina lentamente, alzando
Su vestido con grácil mano.

VIII

¿Quién va por el verde bosque
Toda ornada por la primavera?

¿Quién va por el alegre y verde bosque
Para alegrarlo aún más?
¿Quién recorre a la luz del sol
Senderos que conocen su leve paso?
¿Quién los recorre bajo la delicada luz solar
Con un semblante tan virginal?
Los senderos de todo el bosque
Resplandecen con fuego tenue y dorado...
¿Por quién luce la radiante floresta
Un atuendo tan gallardo?
Es por mi amor verdadero
Por quien los bosques lucen su ostentoso ropaje...
Es por mi amor verdadero, sólo mío,
Que es tan joven y tan hermoso.

IX

Brisas de mayo, que danzáis sobre el mar,
Bailando gozosamente en corro
De estela en estela, mientras en lo alto
La espuma remonta el vuelo para engalanarse
En arcos de plata que atraviesan el aire,
¿Visteis a mi amor verdadero en parte alguna?
¡Ay, ay, ay
De las brisas de mayo!
¡El amor es desgraciado cuando el amor está lejos!

X

Con luciente montera y gallardetes,
Él canta en la cañada:
Seguidme, seguidme,
Todos los que amáis.
Dejad los ensueños a los soñadores
Que no han de venir,
A los que la canción y el regocijo
A nada los incita.
Con cintas que flamean
Él canta con arrojo;
En bandada a su hombro
Las abejas silvestres zumban.
Y el tiempo de soñar
Fantasías ha concluido...
Como amante hacia amante,
Bien mío, así voy.

XI

Di adiós, adiós, adiós,
Di adiós a tus días de doncella,
El venturoso Amor ha venido a cortejarte
Y a cortejar tus usos de doncella.
El ceñidor que te sienta soberbio,
La redecilla sobre tu áureo pelo,
Cuando hayas escuchado su nombre
Por encima de las trompetas de los querubines
Comienza tiernamente a desceñir
Tu pecho de doncella para él,

Y tiernamente a retirar la redecilla,
Que es el emblema de tu doncelléz.

XII

¿Qué consejo ha vertido en tu corazón
La luna encapuchada, mi tímida dulzura,
De amor en antiguo plenilunio,
Gloria y estrellas bajo sus pies:
Tal sabía que no es sino uña y carne
De aquel histrión capuchino?
Más bien créeme a mí que soy sensato
Al desconsiderar lo que es divino.
La gloria se inflama en esos tus ojos
Y tiembla bajo la luz de las estrellas. ¡Mía, oh mía!
No haya más lágrimas en la luna o en la niebla
Para ti, dulce sentimental.

XIII

Ve y búscala con toda gentileza
Y dile que voy,
Brisa fragante cuya canción es siempre
Epitalamio.
Ve con premura sobre la tierra lóbrega
Y corre sobre el mar
Pues mares y tierras no habrán de separarme
De mi amor.
Ahora brisa, por tu afable gentileza

Te ruego marches
Y entres en su jardín diminuto
Y cantes bajo su ventana;
Así: La brisa nupcial orea
Pues Amor está en su apogeo;
Y pronto estará contigo tu amor verdadero,
Pronto, oh pronto.

XIV

Mi paloma, mi primor,
¡Remonta el vuelo, remóntalo!
El rocío nocturno cubre
Mis labios y mis ojos.
Las brisas fragantes tejen
Melodías de suspiros:
¡Remonta el vuelo, remóntalo
Mi paloma, mi primor!
Te aguardo junto al cedro,
Hermana mía, mi amor.
Blanco seno de paloma,
Mi seno será tu lecho.
El pálido rocío cubre
Como un velo mi cabeza
Mi hermosa, mi bella paloma
¡Remonta el vuelo, remóntalo!

XV

De sueños aljofarados, alma mía, álzate,
Desde el profundo letargo del amor y desde la muerte,
¡Pues contempla! los árboles rebosan de suspiros
Cuyas hojas la mañana reprende.
Hacia el Oriente la aurora se destaca paulatina
Donde surgen tenues ascuas candentes,
Que hacen estremecerse todos esos velos
De gasa gris y oro.
Mientras con dulzura, con gentileza, con sigilo,
Las campanas en flor de la mañana se animan
Y los doctos coros de tierras encantadas
Comienzan (¡incontables!) a escucharse.

XVI

Oh fresco está el valle ahora
Y allí, amor, habremos de ir
Pues muchos coros cantan ahora
Donde en su día amor fue.
¿No escuchas los tordos llamando,
Llamándonos desde allí?
Oh fresco y grato está el valle
Y allí, amor, hemos de vivir.

XVII

Porque tu voz se me acercó
Le di pesar,
Porque entre mi mano retuve

De nuevo tu mano.
No hay palabras ni asomos
De reconciliación.
Ahora es para mí un extraño
Quien fue mi amigo.

XVIII

Oh mi amor, escucha
La fábula de tu amante;
El hombre se afligirá
Cuando los amigos lo dejen.
Pues advertirá entonces
Que los amigos son falaces
Y que en unas cenizas
Sus palabras se deshacen.
Pero alguien hacia él
Levemente avanzará
Y con suavidad lo cortejará
Amorosamente.
Su mano está bajo
La suave redondez de su pecho
Y así quien tenga pesadumbre
Hallará sosiego.

XIX

No estés triste porque todos los hombres
Prefieren un falaz clamor a ti:

Mi amor, ten sosiego otra vez...
¿Acaso pueden infamarte?
Se muestran más tristes que todas las lágrimas;
Sus vidas ascienden como incesante suspiro.
Con arrogancia contesta a sus lágrimas:
Al igual que ellos niegan, di tú que no.

XX

En la pinada umbría
Ojalá nos tendiéramos,
En la profunda sombra fresca
Al mediodía.
Qué dulce allí yacer,
Qué dulce besar,
Donde el vasto pinar
Forma pasillos.
Tu beso descendente
Más dulce fuera
Con un leve tumulto
En tu cabellera.
Oh a la pinada
Al mediodía
Ven conmigo ahora,
Mi dulce bien, ven.

XXI

Aquél que haya la gloria perdido,

Y no haya encontrado un alma
Que a la suya se aviniese,
Entre sus enemigos con escarnio y con ira
Leal a su antigua nobleza,
Ese altivo ser sin compañía...
Su amor es su camarada.

XXII

Con tan dulce prisión
Mi alma, amor, está gozosa.
Brazos gratos suplican me enterezca
Y suplican me demore.
¡Ay, si siempre pudieran retenerme,
Con júbilo estaría prisionero!
Vida mía, por entre brazos trabados
Trémulos de amor,
La noche me atrae a donde la inquietud
Nunca pueda perturbarnos;
Mas únase el sueño al sueño quimérico
Allí donde alma con alma yacen cautivas.

XXIII

Este corazón que late junto a mi corazón
Es mi esperanza y toda mi fortuna,
Desdichado cuando nos separamos
Y feliz entre beso y beso;
Mi esperanza y toda mi fortuna —¡sí!—

Y toda mi ventura.
Pues allí, al igual que en nidos musgosos
Los reyezuelos amontonan múltiples tesoros,
Deposité los caudales que yo tenía
Antes de que mis ojos hubieran aprendido a llorar.
¿No seremos de su misma sensatez
Aunque el amor no viva sino un día?

XXIV

En silencio se peina,
Se peina el largo pelo,
En silencio y con gracia,
Con muchos lindos gestos.
El sol está en las hojas de los sauces
Y sobre la hierba jaspeada,
Y aún está peinándose el largo pelo
Delante del espejo.
Te lo ruego, deja de peinarte,
De peinar tu largo pelo,
Pues conozco brujerías
Bajo tan lindos gestos.
Lo mismo le da al amante
El quedarse o el marcharse,
Toda hermosa, con tan lindos gestos
Y un gran abandono.

XXV

Ligera vengas o ligera marches:
Aunque tu corazón te augure pena,
Valles y muchos soles consumidos,
Oréade, deja que tu risa brote
Hasta que el atrevido aire alpino
Rice todo tu pelo flameante.
Ligera, ligera... Siempre así:
Las nubes que ciñen los valles profundos
A la hora del lucero vespertino
Son los siervos más sumisos:
Amor y risas la canción confiesa
Cuando está el corazón más abatido.

XXVI

Te inclinas a la concha de la noche,
Querida señora, con tu oído adivino.
En ese tierno coro de delicias
¿Qué sonido ha vertido temor en tu corazón?
¿Se asemejaba al de ríos fluyendo con premura
Desde los grises desiertos del norte?
Ese talante tuyo, oh temerosa,
Es de él, si lo examinas bien,
De quien nos dona un ensalmo insensato
Conjurable a media noche.
Y todo por un exótico nombre que leyó
En Purchas o en Holinshed.

XXVII

Aunque yo tu Mitrídates fuera
Inmune al desafío del dardo emponzoñado,
Aun así debieras abrazarme de improviso
Para conocer el éxtasis de tu corazón
Sin que me quede más que restituir y confesar
La malicia de tu ternura.
Para el florido y rancio estilo,
Vida mía, mis labios se han tornado demasiado entendidos;
Mas no he conocido el amor cuya loa
Celebran nuestros poetas pastoriles,
Ni un amor en el que no se pueda dar
Una pizca de falsedad.

XXVIII

Gentil dama, no entonéis
Tristes cantares por el ocaso del amor;
Abandonad las cuitas y cantad
Cómo el amor que pasa es suficiente.
Cantad al largo e insondable sueño
De los amantes muertos, y cantad cómo
En la tumba todo amor reposará.
El amor está ahora hastiado.

XXIX

Corazón mío, ¿por qué me has de usar así?
Queridos ojos que gentilmente me reconvenís,

Aún sois bellos... ¡Mas ay,
Cuán ataviada va vuestra hermosura!
Por el claro espejo de tus ojos,
Por el tierno lamento de beso a beso,
Vientos áridos acometen entre clamores
El jardín umbrío donde habita el amor.
Y pronto el amor se habrá de disipar
Cuando sobre nosotros vientos feroces soplen;
Mas tú, mi querido amor, demasiado querido,
¡Ay! ¿por qué me has de usar así?

XXX

El amor vino a nosotros en un tiempo ya pasado
Cuando hubo quien tañía con pudor en el ocaso
Y hubo quien con recelo se erguía cercano;
Pues el amor al principio está todo amedrantado.
Fuimos amantes solemnes. El amor ha concluido,
Aquél que nos concedió abundantes horas de dulzura.
Ahora séannos bienvenidos al fin
Los senderos que habremos de pisar.

XXXI

Allá en Donneycarney
Cuando el murciélago revoloteaba entre los árboles,
Mi amor y yo caminábamos juntos
Y dulces fueron las palabras que me dijo.
Con nosotros la brisa estival

Oreaba susurrante —oh cuán feliz—
Pero más tierno que el aliento del verano
Fue el beso que ella me dio.

XXXII

La lluvia no ha cesado de caer durante el día
Oh ven entre los árboles rebosantes
Las hojas se hacinan sobre la vereda
De los recuerdos.
Demorándonos un instante, por la vereda
De los recuerdos partiremos.
Vente, mi bien, a donde pueda
Hablar con tu corazón.

XXXIII

Ahora, ay ahora, por esta tierra parda
Donde el amor compuso música tan melodiosa
Los dos deambularemos cogidos de la mano,
Tolerantes en honor de una antigua amistad
Sin afligirnos porque nuestro amor fuera alegre
Y ahora tenga así que terminar.
Un pícaro ataviado de rojo y amarillo
Golpea y golpea un árbol
Y en derredor de nuestra soledad
La brisa silba con jovialidad.
Las hojas... no suspiran lo más mínimo
Cuando el año las arrebatara en otoño.

¡Ahora, ay ahora ya no escucharemos más
Ni el villancico ni el rondó!
No obstante nos besaremos, mi amor,
Antes del triste adiós al declinar el día.
No te aflijas, corazón, por nada...
El año, el año ya se acaba.

XXXIV

Duerme ahora, duerme ahora,
¡Oh tú inquieto corazón!
Un grito «Duérmete ahora»
Se escucha en mi corazón.
La llamada del invierno
Se percibe ya a la puerta.
Oh duerme pues el invierno
Está gritando: «No duermas más»
Con mi beso daré paz
Y calma a tu corazón...
Sigue durmiendo en sosiego,
¡Oh tú inquieto corazón!

XXXV

Todo el día escucho sonido de aguas
Que se lamentan,
Tristes cual ave marina que al volar
En solitario
Los vientos oye bramar a la acuática

Monotonía.

Los vientos grises, los vientos fríos

Soplan donde yo voy.

Percibo rumores de muchas corrientes

En lo profundo.

Todo el día y aun toda la noche, escucho

Cómo fluyen, de aquí para allá.

XXXVI

Oigo un ejército embistiendo la tierra

Y el fragor de los corceles zambulléndose, la espuma hasta sus rodillas.

Arrogantes, con armaduras negras tras ellos se yerguen

Desdeñando las riendas, con látigos ondeantes, los aurigas.

Atronan la noche con sus nombres de guerra:

Yo gimo dormido cuando escucho a lo lejos su torbellino de risas.

Henden las tinieblas de los sueños, llama cegadora,

Retumbando, retumbando sobre el corazón como sobre un yunque.

Marchan ondeando en triunfo sus largos cabellos verdes:

Emergen del mar y corren vociferando por la orilla.

Corazón, ¿es que no tienes sensatez para desesperarte así?

Mi amor, mi amor, mi amor, ¿por qué me has dejado solo?

POEMAS A PENIQUE

DE PROPINA

Viaja tras un sol invernal,

Apremiando el ganado por una vereda fría y roja,
Gritándole con voz que reconoce,
Él conduce sus reses sobre Cabra.
La voz les dice que el hogar es acogedor.
Ellas mugen y producen tosca música con sus cascós.
Las conduce ante sí con una rama florida,
El vaho ornándoles las frentes.
¡Zopenco, siervo del rebaño,
Esta noche estírate junto al fuego!
¡Yo me desangro al borde de la negra corriente
Por mi rama desgajada!

CONTEMPLANDO LAS CANOAS EN SAN SABBA

Escuché sus jóvenes corazones clamar
Al amor sobre el rápido sesgo de los remos
Y escuché a las hierbas pratenses suspirar:
¡Nunca más, nunca has de volver más!
¡Oh corazones, oh hierbas suspirantes,
En vano se afligen vuestros gallardetes henchidos de amor!
Nunca más el bravo viento que sopla
Volverá, nunca más.

UNA FLOR DONADA A MI HIJA

Frágil la blanca rosa es y frágiles son
Las manos que la dieron
Su alma está marchita y es más pálida
Que la difusa onda del tiempo.

Como la rosa frágil y hermosa: aún más frágil es
El silvestre prodigio
Que en tus ojos ocultas,
Mi pequeña de azuladas venas.

ELLA LLORA SOBRE RAHOON

La lluvia sobre Ragoon cae blandamente, blandamente cae,
Allí donde mi sombrío amante reposa.

Triste es su voz cuando me llama, tristemente me llama,
Cuando gris se alza la luna.

Amor, escucha

Cuán suave, cuán triste es su voz por siempre resonando,
Por siempre sin respuesta, y la sombría lluvia que desciende

Entonces como ahora.

También sombríos nuestros corazones, oh amor, reposarán y fríos,

Como su triste corazón reposa,

Bajo las ortigas grises como la luna, la tierra negra

Y la lluvia murmurante.

TUTTO È SCIOLTO

Cielo sin pájaros, crepúsculo marino, una estrella solitaria

Horada el Occidente,

Como tú, corazón mío, recuerdas, tan vago, tan distante

El tiempo del amor.

La tierna mirada de los ojos claros y jóvenes, la cándida frente,

El fragante cabello,

Descendiendo como a través del silencio desciende ahora

El crepúsculo desde el aire.
¿Por qué pues, al recordar aquellas tímidas
Y dulces tentaciones, te afliges
Cuando el dulce amor que ella entregaba con un suspiro
Era casi tuyo?

EN LA PLAYA DE FONTANA

El viento gime y gimen los guijarros,
Las desvencijadas estacas del embarcadero se quejan;
Un mar caduco cuenta cada una
De las piedras que el limo platea.
Del viento quejumbroso y del gélido
Mar grisáceo yo lo abrigo
Y acaricio su delicado y tembloroso hombro
Y su brazo adolescente.
A nuestro alrededor el miedo; desciende
La oscuridad del temor sobre nosotros
Y en mi corazón ¡cuán profundo y duradero
Pesar de amor!

HIERBAS

O bella bionda
Sei come l'onda!
Con fresco rocío dulce y con tenue esplendor
La luna teje una trama de silencio
En el plácido jardín donde una niña
Recoge simples hojas de verdura.

El rocío lunar tachona de estrellas su pelo descendente

Y la luz de la luna su joven frente besa

Y, al tiempo que recoge, entona este cantar:

¡Hermosa como la ola es, hermosa eres tú!

Oído mío, te lo ruego, sé indiferente

Y protégeme de su infantil canturreo

Y tú mi corazón, resguárdate de ella,

De quien recoge las hierbas de la luna.

RIADA

Oro pardo sobre la riada ahíta

Los racimos de rocosa vid se elevan y cimbrean.

Inmensas alas cobijan las aguas relucientes

De un día hosco.

Un derroche despiadado de aguas

Agita y eleva su cabellera de maleza

Allá donde el día absorto desliza fijamente su mirada sobre el mar

Con lánguido desdén.

Alzaos y agitada, oh vides doradas,

Vuestros frutos apiñados a la copiosa riada del amor.

Reluciente e inmensa y cruel, tal cual es

Tu incertidumbre.

NOCTURNO

Desvaídas en la oscuridad

Las pálidas estrellas sus antorchas

Ondean embozadas.

Ascuas fantasmales desde los remotos confines celestiales iluminan

Arcos sobre arcos ascendentes,

La lóbrega bóveda de la noche, lóbrega como el pecado.

Los serafines,

Las extraviadas huestes despiertan

Para el culto, hasta que

En la oscuridad sin luna cada uno decae enmudecido, confuso,

Cuando ella ha alzado y agitado

Su incensario.

Y prolongada y ruidosamente,

A la bóveda nocturnal que se yergue,

Una campana de estrellas dobla a muerto

Mientras el sombrío incienso surge ondulándose de nube en nube

Hacia el vacío, desde el devoto

Yermo de las almas.

SEÑERO

Las lunares redecillas de oro grisáceo

Transforman toda la noche en un velo,

Los faroles que bordean el lago dormido

Arrastran zarcillos de cítiso.

Los taimados junquillos susurran a la noche

Un nombre —su nombre—

Y toda mi alma es un deleite,

Un deliquio de vergüenza.

RECUERDO DE LOS COMEDIANTES EN UN ESPEJO A MEDIA NOCHE

Sus bocas forman el lenguaje del amor. Rechinad

Los trece dientes

Con los que hacen muecas vuestras enjutas quijadas. Fustigad
Vuestro anhelo y vuestro apocamiento, desnudo deseo de la carne.

Vuestro aliento amoroso está rancio, sea hablado o cantado,

Tan agrio como resuello de gato,

Bronco de lengua.

Este gris que mira con descaro

No miente, escueta piel y huesos.

Que los grasientos labios abandonen su besuqueo. Nadie

La escogerá tal cual la veis para hocicarla.

Al horrible apetito ya le ha llegado su hora.

Arrancaos el corazón, sangre salobre, fruto de las lágrimas,

¡Arrancáoslo y devoradlo!

BAHNHOFSTRASSE

Los ojos que me escarnecen señalan el camino

Por donde transcurro al declinar el día,

Camino gris, sus cárdenos mojones son

La estrella ensortijada que acude a su cita.

¡Ay estrella del mal! ¡estrella del dolor!

La animosa juventud no volverá otra vez

Y aún me falta la sabiduría del corazón anciano para conocer

Las huellas que me afrentan a mi paso.

ORACIÓN

¡Otra vez!

¡Ven, dame, ríndeme toda tu fortaleza!

Desde lejos una débil voz exhala, sobre el entendimiento que se quiebra,

Su cruel serenidad, la desgracia de la sumisión,

Mitigando su pavor como si fuera predestinada a un alma.

¡Desiste, sigiloso amor! ¡Mi sino!

Ciégame con tu oscura cercanía, ¡Oh ten compasión, amado enemigo de mi voluntad!

No oso soportar el gélido contacto que me horroriza.

¡No ceses de arrebatarme

Mi lánguida existencia! Inclínate más sobre mí, cabeza amenazante,

Ufano de mi ruina, recordando, apiadándote

De quién es, de quién fue.

¡Otra vez!

Juntos, envueltos por la noche, yacían sobre la tierra.

Yo escucho en la distancia su débil voz exhalando sobre mi entendimiento que se quiebra

¡Ven! Me doblego. Inclínate más sobre mí. Aquí estoy.

¡Subyugador, no me abandones! ¡Tan sólo júbilo, tan sólo angustia!

¡Tómame, sálvame, consuélame, oh perdóname!

OTROS POEMAS

EL SANTO OFICIO

Yo mismo me impondré a mí mismo

Este nombre: Catarsis-Purgante.

Yo, que abandoné estilos sórdidos

Para atenerme a la gramática de los poetas,

Difundiendo en la taberna y en el burdel
La ciencia del ingenioso Aristóteles,
No sea que los bardos marren el intento
Debo ser aquí mi propio intérprete:
Por lo cual recibid ahora de mis labios
Sapiencia peripatética.

Para entrar en el cielo, viajar por el infierno,
Ser compasivo o terrible
Se requiere sin la menor duda el amparo
De las indulgencias plenarias.
Ya que cada místico de nacimiento
Es un Dante sin sus prejuicios,
Quien a salvo desde la chimenea, sin dar la cara,
Se expone a una heterodoxia radical,
Como quien halla placer en la mesa
Considerando las incomodidades.
Rigiendo la vida por sentido común
¿Cómo evitar ser vehementes?
Mas no debo ser considerado miembro
De tal compañía de farsantes...
Junto con quien se apresura a mitigar
Las liviandades de sus damas veleidosas
Mientras que ellas lo consuelan cuando gimotea
Con orlas célticas repujadas en oro...
O con quien, sereno todo el día,
En su pieza teatral introduce invectivas...
O con quien su proceder «parece mostrar»
Preferencia por hombres de «buen tono»...
O con quien sirve de andrajoso remiendo
A los millonarios de Hazelpatch

Mas llorando después de la Santa Cuaresma
Confiesa todo su pasado de pagano...
O con quien no se ha de descubrir
Ni ante el whisky ni ante el crucifijo
Si no es para mostrar a todo el mundo cuán mal vestida va
Su eminente nobleza castellana...
O con quien adora a su Mentor querido...
O con quien apura con temor su pinta...
O con quien arrebujado en su lecho
Vio una vez a Jesucristo sin cabeza
Y puso un gran empeño en recuperarnos
Las obras de Esquilo largo tiempo extraviadas.
Mas todos éstos de quienes hablo
Me convierten en la cloaca de su cenáculo.
Para que puedan soñar sus fantasías ideales
Yo evacúo sus inmundas corrientes
Así les puedo prestar tal servicio
Por culpa del cual perdí mi diadema,
Este servicio por el que la Santa Abuela Iglesia
Me dejó cruelmente en la estacada.
Así aligero sus culos timoratos
Cumpliendo con mi oficio de Catarsis.
Mi color escarlata los deja a ellos blancos como la lana:
Gracias a mí purgan sus panzas atestadas.
Para todas estas bien avenidas farsantes
Hago el papel de vicario general
Y a cada doncella turbada y nerviosa
Presto el mismo amable servicio.
Ya que al descubrir sin ninguna sorpresa
Esa hermosura umbría en sus ojos,

El «no me atrevo» de su dulce doncellez
Que responde a mi depravado «quisiera».
Siempre que en público nos encontramos
No parece pensar en tal asunto;
Mas por la noche cuando se acuesta a mi lado
Y percibe mi mano en su entrepierna
Mi dulce bien con su ligero atuendo
Experimenta el tierno ardor que es el deseo.
Pero la Codicia proscribire
Los usos del Leviatán
Y este espíritu sublime por siempre guerrea
Con los incontables siervos de la Codicia
Aunque nunca puedan verse libres
De sus gabelas de desprecio.
A respetable distancia me vuelvo a observar
Los vacilantes andares de esta abigarrada cuadrilla,
De estas almas que odian la reciedumbre del acero
Que la mía adquirió en la escuela del viejo Tomás de Aquino.
Donde ellos se han agachado, han andado a gatas y han rezado,
Yo me yergo, dueño de mi destino, sin temor,
Sin compañeros, sin amigos, en solitario,
Indiferente como una raspa de arenque,
Firme como una cordillera montañosa en donde
Saco a relucir mi cornamenta al aire.
Que así sigan, pues así conviene
Para que se mantenga el equilibrio.
Aunque hasta la tumba forcejeen,
Mi espíritu nunca lo habrán de dominar
Ni lograrán mi alma vincular a las suyas
Hasta que el Mahamanvantara expire:

Y aunque a coces me echen de su puerta
Mi alma los despreciará por los siglos de los siglos.

GAS DE UN QUEMADOR

Señoras y señores, aquí están reunidos
Para saber por qué la tierra y los cielos han temblado
A causa de las sombrías y siniestras mañas
De un escritor irlandés en tierras extranjeras.
Me envió un libro hace diez años:
Lo leí unas cien veces,
Del derecho, del revés, por arriba, por abajo,
De lejos y de cerca.
Lo imprimí todo hasta la última palabra
Mas con la gracia de Dios
Las tinieblas de mi mente se rasgaron
Y entreví el vil propósito del autor.
Pero tengo un deber para con Irlanda:
Guardo su honor en mis manos,
Tierra de encanto que siempre mandó
A sus escritores y artistas al destierro
Y con espíritu de chanza irlandesa
Traicionó a sus caudillos uno por uno.
Fue el humor irlandés, húmedo y seco,
El que arrojó cal viva a los ojos de Parnell;
Son los cerebros irlandeses los que salvan de la ruina
La barcaza que hace agua del obispo de Roma
Pues todos saben que el Papa no puede eructar
Sin el permiso de Billy Walsh.

¡Oh Irlanda mi primero y único amor
Donde Cristo y César uña y carne son!
¡Oh tierra de encanto donde el trébol crece!
(Permítanme, señoras, que me suene)

Os manifiesto, sin que me importen un pito vuestras censuras,
Que imprimí los poemas de Mountainy Mutton
Y una obra teatral que escribió (la habéis leído, seguro)
Donde se dice «bastardo», «bujarrón» y «ramera»,
Y otra pieza sobre la Palabra y San Pablo
Y sobre algunas piernas de mujer que recordar no puedo,
Escrita por Moore, caballero auténtico,
Que vive de sus rentas con el diez por ciento.
Imprimí libros místicos a docenas,
Imprimí el breviario de Cousins
Aunque (les ruego me perdonen) tales versos
Provocarían acidez en sus traseros.
Imprimí folclore del norte y del sur
De Gregory la de la Boca Dorada.
Imprimí poetas tristes, tontos y solemnes.
Imprimí a Patrick Cómo-se-llame.
Imprimí al gran John Milicent Synge
Que se remonta sobre un ala angélica
Con la camisola del aventurero que tomó como botín
De la bolsa de viajante del gerente de Maunsel.
Mas nada quiero saber de ese condenado sujeto
Que anduvo por aquí vestido de amarillo austriaco,
Declamando italiano por horas
A O'Leary Curtis y John Wyse Power
Y escribiendo de Dublín, sucia y querida,
De tal forma que ningún impresor, ni aun africano, lo toleraría.

¡Mierda y cebollas! ¿Pensáis que imprimiré
Los nombres del monumento a Wellington,
Sidney Parade y el tranvía de Sandymount,
La pastelería de Downes y la confitura de Williams?
¡Que me condene si lo hago... que al fuego me condene!
¡Hablar de los Topónimos irlandeses!
Me asombra, por mi alma,
Que el autor olvidase mencionar Curly's Hole.
No, señoras, mi imprenta no tomará parte
En libelo tan burdo contra mi madrastra Erin.
Me apiado de los pobres: he aquí la razón por la que empleé
A un escocés pelirrojo para que me lleve las cuentas.
¡Pobre hermana Escocia! Su sino es horrible.
Ya no encuentra más Estuardos que vender.
Mi conciencia es pura como la seda china,
Mi corazón es blando como la manteca.
Colm les podrá decir que hice una rebaja
De cien libras en el presupuesto
Que le anticipé para su Revista irlandesa.
Amo a mi país: ¡Lo juro por los arenques!
Ojalá pudierais ver cómo lloro
Cuando pienso en los trenes y barcos de emigrantes.
Por eso publiqué a los cuatro vientos
Mi guía de ferrocarriles del todo ilegible.
En el vestíbulo de mi institución impresora
La pobre aunque digna prostituta
Practica la lucha libre cada noche
Con su artillero británico de ajustados pantalones
Y el forastero aprende el don de la charla
De la ebria y roñosa ramera dublina.

¿Quién fue el que dijo: No resistáis al mal?
He de quemar ese libro con la ayuda del diablo.
Entonaré un salvo mientras lo veo arder
Y guardaré las cenizas en una urna de una sola asa.
Haré penitencia con pedos y gemidos
De hinojos sobre mis rodillas.
Esta próxima cuaresma descubriré
Mis nalgas penitentes al aire
Y sollozando junto a mi imprenta
Mi horroroso pecado confesaré.
Mi capataz irlandés de Bannockburn
Hundirá su diestra en la urna
Y su devoto pulgar estampará una cruz
Memento homo sobre mi trasero.

ECCE PUER

Del oscuro pasado
Nace un niño;
De gozo y de pesar
Mi corazón se desgarrá.
Tranquila en su cuna
La vida yace.
¡Que el amor y la piedad
Abran sus ojos!
Joven vida se exhala
Sobre el cristal;
El mundo que no era
Se llena de existencia.

Un niño duerme:
Un anciano ha partido.
¡Oh padre abandonado
Perdona a tu hijo!